

nos presenta cada año aquella historia cuyos hechos tuvieron por testigo al Universo, por cronistas á cuatro humildes creyentes!

III

La caliente arena sobre que caminaba el Hombre Dios, se iba manchando con la sangre desprendida de su cuerpo desgarrado, formando así la dolorosa huella que conduce del sacrificio al premio, de las tinieblas á la luz; y mientras aquel gentío inmenso gritaba, insultaba y reía, cebando su impío furor en la inocente víctima, una mujer, una madre, pálida, silenciosa y *santamente triste*, se abría paso acompañada de algunas pecadoras mujeres, tratando de acercarse á su Divino Hijo.

Corramos un velo sobre esta escena, que la piedad y el talento más profundos no pueden describir con el humano lenguaje. ¡Oh! si; ¿qué son las robustas inspiraciones del Rey profeta, los sublimes cantos de Isaías y el elocuente acento del cantor de Jerusalem, delante del mudo poema á que se ha llamado *El doloroso encuentro*? La unisona voz del Universo entero melancolizada por la doliente armonía desprendida de la inmensidad de los cielos, podría apenas, si fuese susceptible de convertirse en notas ó en palabras, traducir el dolor de la Madre y del Hijo....

IV

Sobre la árida cima del monte de las *Calaveras* se levanta el altar de la Redención, presentando al mundo una ensangrentada víctima, y á sus piés se ve á la Madre de los Dolores, apurando hasta las últimas heces del cáliz de la amargura.

Las tinieblas han ocultado al sol repentinamente, un terrible sacudimiento hace que la tierra se conmueva hasta las entrañas, el velo del templo se ha rasgado y los muertos han abandonado sus sepulcros. Un silencio aterrador ha sustituido á la gritería del populacho, y el monte de las *Calaveras* se asemeja á un inmenso catafalco sobre el cual lloran Magdalena y Juan, contemplando con terror lo que pasa en derredor suyo, y mirando, al través de un río de lágrimas, al Hijo y á la Madre, dirigirse una postrera mirada, un último suspiro y una interminable promesa. La Mujer fuerte, la delicada Virgen, la Divina Madre, se abraza á la Cruz sin verter una lágrima; levanta sus ojos y al través de la oscuridad que envuelve á la naturaleza, su mirada distingue la inmensa gloria de Dios abierta para recibir el alma de su Hijo, y su propio dolor ofrecido también en holocausto para contribuir á la redención de la humanidad. Por un momento se desprende de la tierra, se transfigura, y se eleva en espíritu á la Sión inmortal, adonde años después irá en cuerpo y alma, cuando su presencia deje de ser necesaria entre los discípulos de su Hijo. Pero aquel momento de éxtasis se convierte muy luego en un nuevo dolor. El gentío ha desaparecido, quedan cerca de María unos cuantos seres que acompañan su soledad; sobre su regazo descansa por unos instantes el cuerpo ensangrentado de su Hijo, de un modo bien distinto de como descansó en otros días, que deben habérsele presentado vivos, palpitantes y llenos de los más dulces recuerdos.

Jamás pudieron, como entonces, conmover su alma las dolientes palabras del cantor de Sión. La tierna paloma del Libano exhalaba á la hora del crepúsculo los últimos ayes de su viudez y de su soledad. Su papel de Madre había terminado; unos días después iba á ser la sacerdotisa, el alma, la inspiradora y el alimento de la nueva Religión. Los discípulos del Cristo debían recibir de ella consejos, luz y valor para su propaganda. La mujer adquiría desde entonces los derechos sagrados que han venido siendo para ella una herencia preciosa. Su reivindicación estaba consumada por las virtudes de una mujer y los dolores de una Madre. Por eso el Catolicismo es la religión de la mujer y su historia está llena de páginas brillantes en las que figura la Eva regenerada, como la más noble defensora y propagandista del Evangelio.

La mujer venera á María hace diez y nueve siglos en todas sus distintas advocaciones; pero en la de *Madre de los Dolores* halla esperanzas y consuelos, porque comprende lo que es una madre y una madre como María. Su ternura para ella, al contemplarla en medio de la amargura, es más poética, más dulce. El dolor conmueve siempre á las almas sensibles, y la de la mujer lo es por excelencia. ¡Ah, bendita, bendita la mujer cristiana! ¡Desdichada la que no lo es, ó la que, siéndolo, prescinde de su noble carácter para convertirse en una Eva irredenta!

México, Abril de 1886.

ANTONIO DE P. MORENO.

JESÚS DE NAZARETH.



BIEN á la influencia del amor regenera un mundo con el ejemplo de su augusta doctrina y desdeña el poder material al elevar el espíritu hasta las alturas incommensurables de lo ideal, aplicado á la dicha humana, sin más perspectiva que el martirio pronosticado; quien víctima de la tiranía más ignorante se resigna á ser sacrificado por la grandiosa libertad del hombre; quien establece la veneración de la ley social en consorcio con la de la más pura conciencia del deber honrado, extrayendo de la degradación el purísimo sentimiento de la unificación universal, cuya simiente sublime siembra en el alma; si es hombre, merece la gratitud inmortal de la humanidad; si Dios, la grandiosa adoración en lo infinito.

México, 15 de Abril de 1886.

MANUEL ISAAC ZAMORA.

IDEAS SUELTAS.

I.

EN LA ORILLA DEL MAR.



¡Qué admirable monotonía, qué sublime grandiosidad!

Ese rumor es como el suspiro de amargura que brota del labio de la desdichada humanidad.

Esa espuma es como las ilusiones de los hombres, ¡pobres flores deshojadas al borde de las tumbas! dura un momento, ¡sólo un momento!

Esa inmensidad es el reflejo de la Divina Omnipotencia.

Ese movimiento, esa agitación, es la copia de la existencia convulsiva de las sociedades.

Una ola seguida de otras cien, empujada por otras mil, avanza hasta besar la arena de la playa; luego huye, deja libre el camino á sus hermanas, no de otro modo que las generaciones se hunden en el abismo de lo que fué, para ceder el puesto á otras generaciones nuevas.

Esa pequeña humedad que durante un momento existe en la arena que la ola bañó, es una fiel imagen del recuerdo que los hombres dejamos en el mundo. Dura un instante, un instante apenas; luego desaparece para siempre.

II.

EN LA MONTAÑA.

Aquí hay algo de grande que conmueve y que fascina. Esos abismos, esos arroyos que se precipitan, este silencio mortuorio.

El hombre, en la cima de las montañas, se encuentra más pequeño que nunca.

El abismo ejerce una influencia de atracción sobre nuestro sér, que hiela, que da espanto.

Venid aquí los cantores de la naturaleza, venid los artistas de la creación; aquí hay un lugar que os está reservado, aquí hay colores para vuestra paleta, aquí hay melodías para vuestra lira, aquí hay ideas para vuestra fantasía.

Venid aquí, amantes felices; aquí hallareis dicha y placeres.

Venid aquí, los que llorais desdenes, los que llorais ausencias; la brisa que choca contra esas abruptas rocas secará vuestras lágrimas y os hará entrever un horizonte sin fin, en que, como legiones de querubes, se agiten las ilusiones y las esperanzas.

Venid aquí, poetas; venid, apóstoles del pensamiento; para todos hay inspiración.

¿Queréis lágrimas, queréis sonrisas, queréis fe, queréis espiritualismo? Aquí lo tenéis todo: en esa vegetación que rompe las capas de nieve que el sol no puede deshacer; en el aleteo del águila que pasa volando para examinaros de cerca, como celosa de una usurpación de sus dominios; en esa brillante decoración de corazones interrumpidos, en esos valles abundosos, en esos arroyos que saltan de roca en roca, en esas nubes que os amenazan, cerniéndose sobre vuestras cabezas y que á veces os envuelven arrastradas por el viento; en ese cielo de que os parece encontraros á poca distancia; en el estrepitoso rolar de la piedra desprendida, en lo inmenso de vuestro aislamiento.